

Conversación con Juan Villoro

Astronomía, rock, fútbol... y demás

Elena Poniatowska

La mejor entrevistadora de México dialoga con uno de los autores más reconocidos de nuestro tiempo. En este mano a mano, Elena Poniatowska hace hablar a Juan Villoro sobre temas vinculados con el arte y la vida: su formación literaria, la circulación de los libros en Hispanoamérica, su pasión por el fútbol y el rock, la astronomía, la relación con sus padres...

Juan Villoro pasó por todo: el rock, el tocadiscos, Carlos Fuentes, La Onda, José Agustín, la colonia Del Valle, Mérida y las pirámides de Yucatán, los chicles Canguro, los bailes, las niñas bonitas, las feas y las más feas, los apodos, los sándwiches cósmicos, y salió indemne de esta extensa y tupida miscelánea súper alivianado y buena onda. Lo vi en Alemania cuando era consejero cultural y Ricardo Guerra su embajador. Ya desde entonces escribía de “All You Need Is Love”, los Rolling Stones, Marcel Duchamp y de niñas libres, psicoanalizadas que deslumbran a todos.

En la Ciudad de México volví a verlo en Coyoacán, en una mesa redonda sobre el zapatismo en Chiapas, la tarde en que Monsiváis se sintió conmigo porque le dije: “Te ganó Juan Villoro”.

Son muchos —más de cincuenta— sus libros, de todos tamaños, grandes y rectangulares, pequeños y re-

dondos, delgaditos, ilustrados, de muchísimas horas y de poquitas. Soy ferviente lectora desde el primero en que nos cuenta su estancia con un tío Tito, *El libro salvaje*, que me conmovió porque ya salta a la vista su ironía y su sentido, hasta *El testigo*, ganador del Premio Herralde que rima con López Velarde.

En *Albercas* escribe: “Sus papás tenían la virtud de casi no existir”. Juan es hijo de Luis Villoro, el gran filósofo y zapatista, y de Estela Ruiz Milán, psicoanalista, ambos presentes en la historia de México y también presentes en su formación y en la de Estela, su hermana.

La lista de sus libros es infinita y ocupa casi un estante completo de mi librero. Al rato necesitaré dos. ¡Qué bueno!

Lo llaman “multifacético”, que para mí es una palabra horrible porque Juan va mucho más allá del calei-

doscopio o de esas esferas de discoteca que giran alumbrando cada rincón. Es un personaje único dentro de nuestra literatura, (no cuenta en un café lo que va a escribir, ESCRIBE) y hasta ahora abarca todos los campos y observa y analiza nuestros fracasos para reírse como lo hizo Jorge Ibargüengoitia. Además del Heralde, es bueno que haya recibido el Premio Internacional de Periodismo Rey de España, porque Villoro abarca todo.

Algunas veces publica en Almadía, la editorial cuyas portadas tienen agujeritos y ranuras, otras en Alfaguara, en el Fondo de Cultura, en donde el elevadorista y las secres lo reciben con gritos de alegría.

Exactamente el 2 de febrero de 2016, entrevisté a Juan Villoro, cosa difícil porque siempre lo encuentro lleno de compromisos, atado a su mesa de trabajo, productivo a morir. Cuando no va a El Colegio Nacional tiene cita con su hija única, Inés, y si no escribe un artículo para *El País* o el artículo semanal que causa sensación en *Reforma*, se lanza a su próxima novela, ya que a pesar de ser un hombre joven (al menos cuenta con la mitad de mis años y yo me considero apenas un pollito) ha escrito muchos libros que ocupan por lo menos metro y medio en mi librero desde *El libro salvaje*, que estoy segura conmueve a todos los adolescentes cuyos padres se separan.

Hace años que para mí es una fiesta escucharlo y acudo a sus conferencias. Son mejores que las de cualquier otro intelectual mexicano. En la Sala Manuel M. Ponce, lo escuché rendirle homenaje al querido Federico Campbell y al final recibió una ovación que Federico seguro escuchó porque los aplausos retumbaron en el Zócalo. Lo mismo sucedió cuando presentó el libro de Christopher Domínguez sobre Octavio Paz en Guadalajara, cuando se llevó la noche.

Tuve una suerte muy grande —*cuenta Juan Villoro*— porque a los 15 años, cuando estaba en las vacaciones entre la secundaria y la preparatoria, leí por primera vez un libro por gusto. Me lo prestó un compañero de la cuadra, un amigo de la colonia Del Valle, *De perfil*, de José Agustín. Este libro trata justamente de un muchacho que está en las vacaciones entre la secundaria y la preparatoria y se ubica en la colonia Narvarte; yo vivía en la Del Valle, que son espacios muy parecidos. Los padres del protagonista de la novela se están separando, mis padres se habían separado. El protagonista es un fanático del rock, yo también lo era; las semejanzas ya eran muchas. El protagonista está en la misma situación que yo sin saber qué hacer con su vida, sin brújula, tratando de averiguar su destino. Por primera vez me di cuenta de que la literatura podía incluir a alguien como yo, es decir, que la sustancia de mis días, que hasta entonces me parecía totalmente neutra, aburrida, sin ningún chiste, de pronto podía cobrar el sentido de lo literario. Fue una

lectura en espejo. Me vi reflejado totalmente en ese libro, que me marcó de una manera contundente porque de inmediato quise escribir. No solamente me convirtió en lector. Había leído algunos libros por obligación en la escuela pero no había tenido una infancia libresca, entonces empecé a leer gracias a *De perfil*, pero al mismo tiempo empecé a escribir porque me pareció que la materia prima de esa novela no estaba muy lejos de cosas que eventualmente yo podía decir. Obviamente me convertí en el escritor más inculto de la tradición mexicana porque apenas había leído un libro por gusto y ya quería escribir otro; en ese sentido, José Agustín fue muy significativo para mí. Creo que no se le apreció lo suficiente su contribución formal a la literatura. Por ejemplo, en Argentina se valoró mucho a Manuel Puig por la influencia que él trajo del cine, del cómic, del folletín, incluso del periodismo rosa, y por cómo renovó todo esto y ahí está también su aportación al tratar la alteridad sexual. José Agustín hizo algo equivalente en México, aportando recursos de la contracultura, el rock, el montaje cinematográfico, las onomatopeyas de los cómics, el punto de vista juvenil que venía bastante de la literatura norteamericana, con autores como Salinger o Kerouac, pero que con él adquirió una carta de naturalización muy fuerte. El uso extensivo de lenguaje coloquial y la nueva oralidad representaban una revolución formal muy rica y formaban parte de una vanguardia literaria que, curiosamente, no se estudia en las historias de las vanguardias en México. Quedó más como un fenómeno pop el de José Agustín y los escritores de La Onda que como algo que se asimilara dentro de la tradición literaria mexicana, al menos de manera inmediata. A mí me atrajo mucho este escritor un poco *outsider*, muy popular respecto a los lectores pero que no siempre gozaba del favor de la crítica, ajeno a los grupos literarios. Rulfo y Monsiváis mismo, que estaba tan interesado en la contracultura, pensaron que la literatura de La Onda carecía de rigor. Yo creo que fueron opiniones injustas. A mí José Agustín me parece un escritor extraordinario, con logros formales, como su obra de teatro *Círculo vicioso*, que es la historia de un día en la cárcel; en una situación asfixiante logra una historia absolutamente emocionante, y hay pasajes como la persecución de la novela *Se está haciendo tarde*, casi cuarenta páginas que transcurren dentro de un automóvil y son de las más trepidantes y apasionantes de la lectura mexicana. Fue un escritor muy significativo para mí.

Al mismo tiempo empecé a leer a autores como Julio Cortázar, Juan Carlos Onetti, Adolfo Bioy Casares, Felisberto Hernández, Roberto Arlt. Empecé a tratar de expandir lo que yo había aprendido en José Agustín hacia otros territorios literarios que venían del Río de la Plata. Me cautivó esa literatura de umbral entre lo real y lo fantástico, que tiene un sentido

muy lúdico del lenguaje. Mis primeros libros, *La noche navegable* y *Albercas*, son una mezcla de estas pasiones; luego escribí un libro que está dedicado a José Agustín, *Tiempo transcurrido*, que ahora se acaba de editar con un disco porque ya cumplió 30 años. *Tiempo transcurrido* son 18 años mexicanos, del 68 al 85, todos ellos narrados a partir de episodios reales donde cada año se relaciona con una canción de la música de rock. Es una especie de rocola narrativa y se lo dediqué a José Agustín porque es un autor que estuvo muy cerca de mí en esos años formativos.

En tu libro Efectos personales hablas de El juguete rabioso de Arlt pero tengo la sensación de que Arlt nunca ha sido rescatado; se le considera un escritor marginal. Piglia dijo que cualquier maestro puede corregir una página de Arlt pero nadie puede escribirla; es un gran elogio, ¿no? ¿Por qué ese ninguneo de Arlt?

A Arlt se le consideraba demasiado desbalagado. Es un escritor extraordinario que puede tener ciertas torpezas formales como las que, por ejemplo, se le atribuyen a Dostoievski. La gente que habla ruso considera que el estilo literario de Dostoievski dista mucho de ser

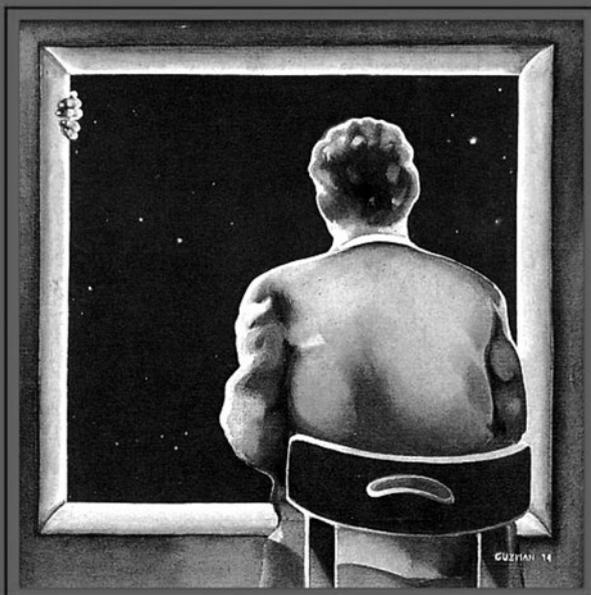


Juan Villoro

© CI Portrait / Alamy Stock Photo

Juan Villoro

El testigo



COMPACTOS  ANAGRAMA

tan pulcro como el de Tólstoi o Turguéniev, pero Dostoievski, más allá de ciertas torpezas expresivas, producto también de que al igual que Arlt escribía diario para la prensa, tiene una potencia narrativa extraordinaria. Arlt admiraba mucho a Dostoievski. Las preocupaciones morales de ambos son fascinantes. Siempre hay escritores que renuevan la tradición desde las orillas y trabajan incluso desde el error, desde los puntos negros de la lengua; creo que eso es importante. La crítica suele reducir a los autores a ciertas categorías básicas; por ejemplo, Arlt aparece como una especie de salvaje que por accidente escribía obras muy intensas y profundas. En cambio, a Borges se le regatea lo contrario: lo vemos, generalmente, tratado por la crítica como un cosmopolita absoluto, un hombre que lo sabe todo, enciclopédico, libresco, lo cual es cierto, pero también hay muchos textos de él que tratan de compadritos, de cuchilleros, que ocurren en la pampa, textos en ambientes muy populares. Y ahí está su libro *Evaristo Carriego*, que tiene que ver con la música popular argentina. A veces la crítica simplifica a unos como salvajes y a otros como eruditos.

Desde un principio, por la generación a la que perteneczo, pero quizá también por pasiones muy personales, me interesó mucho la cultura popular. Me encantaban las crónicas de los locutores deportivos, el cómic de Gabriel Vargas *La familia Burrón*, los *Supersabios* de Germán Butze, Rius y muchas expresiones periodísticas. En autores como Arlt, José Agustín y en zonas un tanto laterales de Cortázar y Borges, encontré un cruce de caminos entre lo culto y lo popular. Afortunadamente, cuando empecé a escribir, en los años setenta, ya se estaba venciendo el prejuicio de que la literatura sólo debe estar cerca de las “bellas artes” y no se debe contaminar con expresiones del populacho.

¿Por qué crees que la literatura de nuestro continente latinoamericano está tan desconectada? Por ejemplo, tú sí sabes bien quién es Piglia porque estuviste con él en Princeton, en Buenos Aires, lo veías cuando él venía a México, has estado con él...

En varios lados...

Pero (interrumpo), ¿por qué en México es imposible encontrar un libro de un latinoamericano salvo los más famosos? ¿Por qué en Santiago de Chile, en Buenos Aires, casi no existen los mexicanos? También te quería preguntar por Luis Rafael Sánchez, el gran escritor portorriqueño autor de La guaracha del Macho Camacho, merecedor de un reconocimiento mucho mayor. ¿Por qué estamos tan desconectados? Tal parece que un gran viento de ignorancia literaria cubre todo el continente y que del único que se puede hablar es de Gabriel García Márquez, aparte de Borges, pero ¿y los demás? No sabemos ni quiénes son.

Cuando empecé a leer en forma, a mediados de los años setenta, recuerdo que iba a la librería de El Sótano que estaba frente a la Alameda y ahí encontraba libros de Casa de las Américas, de Cuba, que tenía un catálogo muy latinoamericano; encontraba libros de Monte Ávila, de Venezuela, una editorial extraordinaria. Estudié la carrera de sociología y entonces había muchos libros de la editorial argentina Amorrortu. En aquella época era fácil encontrar autores y temas latinoamericanos en todas partes. Un periódico como el *Excelsior* de Julio Scherer tocaba muchos temas de América Latina y aglutinaba a los escritores. La Revolución cubana, en aquel periodo de su historia, era un punto de reunión decisivo de muchos autores latinoamericanos. Recuerdo en esa misma librería El Sótano a Carlos Monsiváis entrevistando en público a Manuel Puig la primera vez que vino a México como escritor. Había un diálogo bastante fluido entre los países de América Latina a través de las editoriales, las publicaciones, los autores. Luego esto se perdió. Una de las paradojas de la globalización es que los libros circulan cada vez menos, se han expandido tanto los catálogos editoriales que muchos de ellos

se mantienen como catálogos locales y ya no admiten autores de otros lugares. No hay sitios que sean puntos de reunión, de referencia para los escritores de América Latina. Hay festivales, hay premios literarios, hay ferias del libro, pero no hay discusión de proyectos latinoamericanos como los que había en Casa de las Américas, donde, desde el nombre mismo de esa institución, se imaginaba un mismo continente de la cultura. Ahora depende de cada uno de nosotros tener mayor o menor interés en lo que pasa en América Latina. Hay muchos y muy buenos autores, pero no siempre los conocemos.

Pero si sería muy importante, ¿no? Conocemos a César Aira, pero hay muchos de quienes no sabemos nada o muy poco. Encontrar su obra es buscar una aguja en un pajar.

Claro, porque eso depende de las formas de circulación literaria. Hoy en día los escritores viajamos más que nuestros libros. Si publicas en una editorial transnacional no necesariamente llevan tus libros a otros países de América Latina. De pronto viene el escritor, sin sus libros, a dar una conferencia que parece interesante y tienes que hacer el esfuerzo de buscar sus obras. Yo, por ejemplo, he comprado muchos libros de César Aira en Buenos Aires porque es un autor tan prolífico que es muy difícil tener toda su obra y en México se han editado sólo unos cuantos de sus libros.

La circulación de la literatura se ha sometido a criterios del mercado. Hoy en día, la manera de que un autor reciba notoriedad es a través de un premio literario, muchas veces organizado por una editorial, o a través de una feria del libro. Digamos que hay una distribución industrial de los prestigios literarios. El escritor que se conoce es el que tiene más ventas, el que tiene mejor situación en una feria del libro, el que recibió el premio más acaudalado; la percepción literaria va a remolque del mercado literario aunque sean autores que, a veces incluye a autores de calidad; no estoy hablando exclusivamente de los *bestsellers*, estoy hablando del conjunto de la industria de la letra.

Oye, Juan, ¿tú crees que tu afán por el futbol te ha ganado todas las simpatías?

No, eso nunca lo sabes. También despiertas antipatías porque a mucha gente le parece una vulgaridad hablar de futbol.

A mí no.

Bueno, yo sé que tú eres más incluyente, pero a mucha gente le parece una cuestión, digámoslo así, populachera o poco fina, poco sofisticada, poco *hipster*. Por otro lado, quienes están en la órbita del futbol, si acaso leen un libro, leen uno que trate de futbol. Hay gente que ha leído mis libros que tocan estos temas, como *Dios es redondo* o *Balón dividido*, pero que ya no leen nada

más. En un principio pensé, ilusamente, que iba a ser una ventana para que luego leyeran otros libros, pero no siempre es cierto. El fanático del futbol tiene un balón entre las orejas; rara vez se entera de otra cosa. Hay reacciones extremas ante la escritura de futbol: la condena porque resulta demasiado populachero o una aceptación que no lleva a una discusión literaria posterior. Dicho todo esto, me parece que el futbol es una muy complicada representación de la realidad y aglutina a la mayor cantidad de gente en el planeta que puede aglutinar un deporte. Para conocer una época hay que entender cómo se divierte la gente en esa época, cómo se apasiona. Si queremos saber cómo era la cultura maya del periodo clásico, tenemos que saber cómo se divertían los mayas. El futbol ayuda a definir lo que somos, para bien y para mal. Basta ver los escándalos en la FIFA para saber de las corrupciones que se hacen en nombre de la pasión, pero el futbol también define las ilusiones, la fantasía y la sed de infancia que no deja de tener una sociedad. Eso me parece muy atractivo literariamente. Más que escribir directamente de futbol, escribo de la pasión por el futbol. Soy un aficionado a la afición.

¿En qué estás trabajando ahora?

Estoy haciendo una obra de teatro. Está prácticamente terminada...

¿Como la que fui a ver con tu mamá Estela Ruiz Milán y con Marta Acevedo al teatro de La Ciudadela, la que trataba de un bibliotecario?

Conferencia sobre la lluvia es la del bibliotecario. Luego hay una de filósofos que es *El filósofo declara* y esta es una obra de astrónomos.

Esa le hubiera gustado mucho a Guillermo Haro.

Exactamente, tú conoces muy bien ese tema. Es de astrónomos en el pasado, un encuentro entre Tycho Brahe y Johannes Kepler. En 1600 se encontraron y tenían personalidades muy contrastadas porque Tycho Brahe era un observador minucioso de la naturaleza, tenía las mejores tablas de medición de la época, era un millonario, pertenecía a la aristocracia danesa, lo habían nombrado cosmógrafo en Bohemia; se dedicaba a la observación fáctica; era, digámoslo así, un científico experimental, lo que veía lo registraba. Kepler era un hombre con pésima vista que nunca pudo ver bien el cosmos; no tenía las observaciones de Tycho ni ninguna otra, pero era la cabeza matemática más importante de la época. Las tablas de medición de Tycho sólo podían tener sentido gracias a la interpretación de Kepler, pero al mismo tiempo Tycho dudaba mucho en dárselas porque si se las daba la gloria iba a ser para Kepler, no para él. Es una pugna entre un científico experimental y un científico teórico que se necesitan mutuamente y son alia-

dos pero también son rivales. De esa rivalidad surgió el desciframiento de las órbitas de los planetas. Lo que pasa es que la obra es un poco loca porque tiene que ver con eso que ocurrió en el pasado, pero también con situaciones que ocurren en el presente. No quiero adelantar demasiado. La obra se llama *La desobediencia de Marte* porque el planeta más conflictivo para medir su órbita era Marte.

¿Ya se la diste a Manuel Peimbert?

No, todavía no. Se la voy a dar a Peimbert y a Luis Felipe Rodríguez. Fíjate que Luis Felipe Rodríguez es yucateco, eso nos unió...

Sí, Guillermo lo quería muchísimo. Trabajó con sus mismas estrellas...

Yo lo conocí cuando él tenía 21, más o menos, y yo tenía 15 años, en el taller de cuento de Miguel Donoso Pareja; él escribía muy buenos cuentos de ciencia ficción y ganó el premio de *Punto de Partida*, en cuento.

Luis Felipe nunca cuenta que escribe...

No, imagínate, para un astrónomo que está midiendo las edades de las estrellas y haber escrito un cuento quizá no es tan significativo. Recuerdo que era muy buen

autor; nos volvimos a encontrar en El Colegio Nacional. Tenemos en común varias cosas; una de ellas es el pasado yucateco. Él nació en Mérida, mi mamá también. Además, su familia y la mía se han dedicado a los helados. Mi familia hacía nieves en Progreso, tenían la Nevería Milán, y su familia tiene la famosa Nevería Colón en Mérida; en broma decimos que nuestras familias han controlado las nieves de Yucatán. Discutimos mucho en El Colegio. Me gustaría tener la obra lista para enseñársela. Obviamente no es una obra que tenga propuestas astronómicas, simplemente a mí me interesa el factor humano, la dimensión humana de estas personas. Parte de los personajes vivos que pudieron haber sido...

Va a ser tipo Mozart-Salieri, Molière-Racine...

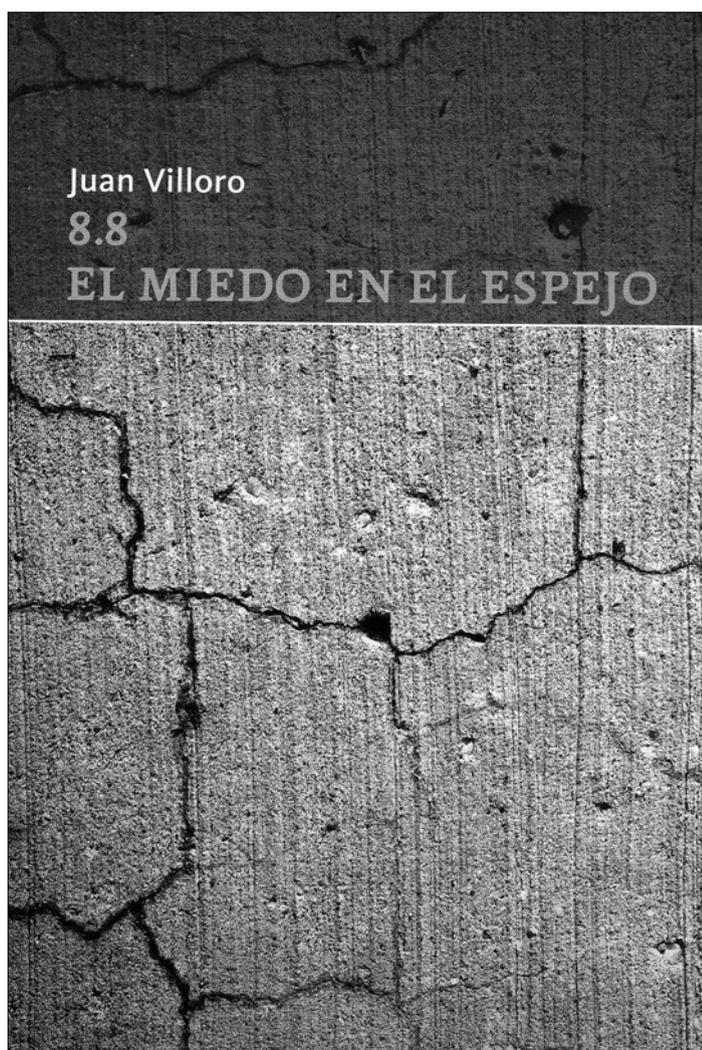
La enemistad entre Mozart y Salieri fue inventada porque Pushkin era un gran duelista; luego Peter Shaffer hizo la obra *Amadeus*. En el caso de Mozart y Salieri, los datos históricos no hacen pensar en una rivalidad real, pero permiten suponerla. La tensión entre Tycho y Kepler fue más frontal y más productiva.

Pero la de Racine y Molière sí fue...

Bueno, Voltaire y Rousseau tuvieron también una enemistad riquísima. Hay enemistades muy fecundas. También hay insólitos encuentros que se prestan para el teatro; por ejemplo, la larga sesión de psicoanálisis, que sólo fue una, que Gustav Mahler, el compositor, tuvo con Freud. No quería hacer una obra que tratara sólo de la atractiva rivalidad entre hombres famosos; por eso la obra se traslada al presente, donde ocurren otras cosas que son el espejo contemporáneo de ese conflicto. Más que la rivalidad, me interesaba mostrar, una vez más, porque no es una idea muy original, que descifrar el cosmos es tan complicado como descifrar lo que ocurre al otro lado de nuestra cama. Las relaciones humanas son tan complejas como entender la órbita de Marte. Por eso la obra tiene que ver con el gran desafío del cosmos pero trasladado al desafío superior de entendernos a nosotros mismos. Eso es lo que estoy haciendo ahora.

¿Qué te ha hecho tan buena gente? —ríe—. Sí, porque a mí me impresiona que tratas a todo el mundo muy bien, me conmueve porque no es frecuente entre los intelectuales. ¿Viene de tu papá? Hay una foto de tu papá inclinado sobre un zapatista en Chiapas, tan bella.

Mi papá era una persona muy moral, que siempre pensó en las voces de los otros. No era alguien que se acercara afectivamente a una gran cantidad de personas. Como buen filósofo, era una persona bastante introvertida, retraída, no era muy sociable, pero su manera de entender el mundo era una manera muy respetuosa hacia el otro. Era una persona incapaz de decir



una mentira. De una rectitud a veces agobiante para sus hijos.

¿Para ti?

Cuando eres niño quieres que tu papá te diga qué tienes que hacer en determinado momento, incluso a través de un regaño. En cambio, él te decía: “Reflexiona por cuenta propia y saca tu conclusión y si no lo puedes hacer ahora, ya lo podrás hacer en el futuro”. Te trataba como un filósofo estoico y tú lo único que querías era recibir una instrucción o una cachetada y ya, no querías hacer filosofía. Eso es complicado. Cuando él se separó de mi madre, busqué alguna explicación y nunca me quiso decir nada porque pensaba que yo, libre y racionalmente, tenía que tomar mis propias conclusiones sin que él me influyera en nada. Muchas veces lo que quiere el hijo es que el padre lo influya, para bien o para mal; si te influye para mal es para romper con él después. No quieres tanta filosofía, pero luego descubres que esa aparente vaguedad era una buena manera de educarte, lo cual es bastante filosófico.

Pero no te podía decir: “Es que soy muy mujeriego”.

Ese tema él no lo trataba porque no le gustaba hablar de cosas privadas. Creo que ahí hay un afán compensatorio de mi parte; soy chismoso, me encanta la vida privada y me encanta contar historias; es todo lo contrario a lo que hacía mi papá. Él se despegaba fácilmente de las minucias de la vida diaria y de los chismes. Era un monumento a la rectitud, es una responsabilidad fuerte ser su hijo, ¿no?

¿Y tu mamá?

Mi mamá es una persona muy sensible, extraordinariamente sentimental, muy leal. Muy de afectos; en ese sentido es muy contraria a mi papá. Por ejemplo, he escrito sobre la paternidad o las figuras del padre, pero mi papá jamás se identificó con eso, con un padre en un texto mío, aunque hubiera algunos rasgos en común con él. En cambio, mi mamá se identifica con todas las madres, aunque no tengan nada que ver con ella, y entiende emocionalmente que así es ella, aunque sea una ilusión de su parte. Mi papá se distanciaba: “Si haces un libro, no tiene que ver conmigo, es una construcción abstracta”. Los padres nos forman pero hasta cierto punto porque no podemos responsabilizarlos de todo. Cada uno va buscando su derrotero. A veces pienso que me empezó a gustar mucho el rock porque mi padre había escrito *La significación del silencio*, que es lo contrario al rock.

Pero entendiste la taquería que quiso montar con otro izquierdista para ganar dinero para el partido...

Ah, bueno, lo de la taquería fue formidable porque eso forma parte de una actitud muy quijotesca que siem-



pre tuvo mi padre. Con otro gran Quijote, Heberto Castillo, trató de hacer una taquería para financiar la revolución o por lo menos un partido político, que resultó ser el PMT. De manera audaz hicieron tacos diferentes a los que normalmente se ofrecen porque ellos pensaban que el hombre nuevo tenía que comer un menú distinto; ofrecían tacos de guisado, de tinga, no ofrecían tacos al carbón ni al pastor, que son los más comunes y naturalmente la taquería fracasó. Luego fue tomada por taqueros comerciales que la echaron adelante. La “taquería revolucionaria” forma parte de esas aventuras quijotescas. Mi papá realmente fue muy desprendido respecto a sus propiedades; apoyó a mucha gente. Me encuentro casi a diario personas que le deben favores. Mi tío Miguel, el hermano de mi padre, era igual. Discutían mucho de política y no parecían estar de acuerdo en nada, porque mi tío era sacerdote jesuita y de tendencias políticas conservadoras. Pero los dos actuaban de manera muy parecida en la vida diaria, ayudando a mucha gente. A veces sueño con mi padre y me transmite una fuerte sensación de autoridad y apoyo. Lo raro es que en el sueño es más joven que yo. No sé cómo interpretarlo. Tal vez podamos descifrar esto en la siguiente sesión psicoanalítica. **u**